

ESTUDIOS

Lord Simey*

Adaptación de los valores sociales en las comunidades en desarrollo

Los valores que parece han prevalecido en la organización, tanto de los medios urbanos como de los países coloniales son esencialmente valores materiales que se han instaurado más vivamente que los valores culturales o espirituales.

El fin de este escrito es discutir los problemas sociales que plantean los cambios fundamentales de valores en los países en vías de desarrollo. La exigencia de igualdad y de autonomía parece sea la clave de los nuevos valores. Se expresan estas exigencias con tal fuerza, que se llega a una situación francamente revolucionaria, y así nos encontramos ante un trance crítico tanto más difícil de resolver cuanto se trata esencialmente de una cuestión subjetiva de valores y de valoraciones.

El sociólogo no puede considerar los valores, particularmente los asociados con la religión, como simples epifenómenos. Debe, por el contrario, poder estudiar, frente a los enormes problemas planteados por las sociedades en desarrollo, la manera cómo los valores de una persona o de una sociedad condicionan la visión del mundo y ejercen una influencia muy importante en el comportamiento social. El cambio de las sociedades no se debe solamente a un movimiento de las estructuras, sino también a un movimiento de las ideas.

LA INFLUENCIA AUTÓNOMA DE LOS VALORES

Hoy se acepta la importancia de los valores como algo más que un simple hecho social. Los cambios, por ejemplo, en la vida moral y religiosa pueden derivar de otros cambios de carácter social; pero lo contrario puede también ser verdadero, porque los valores pueden tener vida autónoma propia. Parece que, en general, se trata de un proceso de interacción. Por ejemplo, las transformaciones en la familia occidental a lo largo del siglo XIX no se han debido solamente a la civilización industrial, sino en el mismo grado a la emancipación de la mujer. La razón y la ima-

(*) Profesor de Sociología de la Universidad de Liverpool.

ginación pueden crear nuevos valores que influyeran el cambio de comportamiento de los individuos.

En toda sociedad en trance de cambio se encuentran procesos muy variados de influencia reciproca. Estos cambios no son únicamente producto del azar, pero tampoco están, por otra parte, completamente predeterminados. Es difícil prever cómo orientar esos procesos. Un juicio sobre los mismos y, particularmente, su análisis sociológico puede, eventualmente, transformar su curso normal. De ahí procede una gran responsabilidad de los sociólogos cuando abordan estos problemas.

LAS FORMAS DIVERSAS DE REACCIÓN EN EL CONTACTO ENTRE SOCIEDADES

El caso típico es el del contacto entre una cultura estable y tradicional y una cultura poderosa, dinámica y técnicamente desarrollada. En un primer período pueden ser transmitidos sin gran dificultad los valores de la potencia colonizadora al pueblo colonizado que acepta su sistema de gobierno, de justicia, de educación, su sistema económico, etc. Este fue, por ejemplo, el caso del Caribe con el sistema inglés y francés. El caso más particular de Jamaica puede servir de ilustración. Pero la cultura blanca ha impuesto generalmente un cuadro rígido en el que los aborígenes nunca llegan a penetrar completamente y que provoca diversos tipos de frustraciones. Se asiste a la coexistencia de dos sistemas de valores: el de los blancos, considerado como superior, y el de los negros, considerado como inferior, lo cual hace imposible la construcción de una sociedad estable.

El segundo tipo de reacción es el de repliegue, por el cual la sociedad subordinada acepta su inferioridad, no ofrece resistencia y parece ajustarse a la nueva situación, sin asimilación cultural. De ahí se sigue una participación muy restringida en la vida social y económica y la desorientación sobre el futuro. El grupo dominante considerará fácilmente a los miembros de esta cultura como perezosos e irresponsables. Además, éstos sufren de cierto número de frustraciones y de un complejo de inferioridad. El refugio en la religión, particularmente en los Estados Unidos, por ejemplo, es típico de una situación en que una sociedad blanca domina a otra de color y donde esta última busca refugio en medio de un mundo hostil. Tal situación no puede conducir a largo plazo sino al desastre.

El tercer tipo de reacción es la resistencia. Cuando la autoridad ejercida por el poder colonial ha sido particularmente fuerte y cuando los pueblos de color no han podido participar en el *status* social de los blancos, puede derivar de ahí el odio y una rebelión política. En estas situaciones, el antagonismo entre los gobiernos coloniales y las masas de color es prácticamente inevitable y crea el peligro de asociar a los primeros todas las instituciones establecidas en ese período de la historia, incluso las misiones religiosas. Incluso la inteligente política de educar para una función de gobierno y para el bienestar social, practicada por ciertos países, frecuentemente con la colaboración de las misiones, ha llevado a desarrollar una exigencia más fuerte de igualdad y de libertad política, considerada a menudo como prematura. Todo esto aboca a un estado de dificultades crónicas.

Es fácil comprender por qué los líderes de estas regiones han puesto tanto el acento sobre la igualdad social entre los pueblos de color y los pueblos blancos, y han exigido una libertad política como medio de obtenerla. Sin embargo, los resultados han sido frecuentemente trágicos. Tras la independencia política, casi todo ha sido sacrificado para obtener

la igualdad racial, la libertad individual, la honestidad política y comercial y la justicia social. Los nuevos líderes políticos han recibido frecuentemente muy extensos poderes por la voluntad de los pueblos respectivos. Los nuevos gobiernos han tendido inevitablemente a ciertas formas autoritarias y despóticas de gobierno y, así, han surgido ciertos movimientos racistas, pero en sentido contrario. Tales son los Ras Tafari, en Jamaica, o los Black Muslims, en los Estados Unidos. Con todo, aunque llegue a su fin la dominación política, la dominación económica continúa existiendo bajo la forma de un neocolonialismo, lo cual crea de nuevo un clima que corre el riesgo de ser explosivo.

La situación presente procede del tratamiento defectuoso del problema de los valores en las zonas colonizadas hasta la tercera guerra mundial. Se trata hoy de comprender que nos encontramos ante un nacionalismo profundamente arraigado en la conciencia pública de las nuevas naciones. Hay que intentar a toda costa comprender con simpatía los valores implicados en tal actitud.

COMPARACIÓN ENTRE CIVILIZACIÓN URBANA Y PAÍSES COLONIZADOS

La crisis de valores en los antiguos territorios coloniales es particularmente aguda en las zonas urbanas. La ciudad es el lugar donde el hombre de las regiones rurales se libera de las antiguas tradiciones; ella es el símbolo del progreso y el clima apropiado para la fundación de una nueva sociedad y de un orden social nuevo. Pero la ciudad es también actualmente un centro de desorden: hay un desfase entre el *way of life* que este hombre había conocido anteriormente y aquel en que se encuentra ahora. De hecho, han de ser creadas de la nada la estructura, la cultura y los valores de una sociedad específicamente urbana; de ahí que en el período transitorio nos encontremos ante una situación de caos; se trata verdaderamente de una erradicación total. En nombre de los nuevos valores y de los nuevos ideales, el medio urbano destruye gradualmente las bases de todo valor: destrucción de normas morales, sobre todo las que conciernen a la familia; desigualdad entre ricos y pobres; multiplicación de las zonas de tugurios; destrucción de todas las instituciones educativas, sanitarias, sociales, etc. El problema es evidentemente universal, pero es más descarnado todavía en estos países en desarrollo. En el mundo occidental hay también preocupación por ello; pero ¿en función de qué valores se realizan los esfuerzos para la mejora y acondicionamiento de las ciudades?

Todavía no se puede responder a esta pregunta hoy. La manera cómo el modo de vida urbano se ha desarrollado en los últimos cincuenta años muestra una serie de valores diferentes y contradictorios. Así como las personas de color son a veces marginadas de la sociedad dominada por los blancos, el habitante de las ciudades puede igualmente abstenerse de participar en la vida pública y social y acomodarse en una especie de «reservas». Esto conduce a una situación de anomalía que aparece en los barrios de suburbio, en los de clase media y en los de clase obrera elevada, que terminan por preferir lo convencional a la aventura, la aseada superficialidad a lo que es real, bueno y verdadero.

Podemos llevar más lejos todavía el paralelo entre la vida urbana y la situación colonial. En esta última, cierto número de grupos de personas pueden igualmente encontrar difícil o incluso imposible su incorporación a la cultura urbana, lo que lleva a la existencia de una subcultura, que se manifiesta por una tendencia a vivir al margen de la so-

ciudad y, a veces, lleva a adoptar prácticas violentas y hasta criminales.

Institucionalmente, tales subculturas pueden dar lugar al nacimiento de sectas, de bandas de *gangsters* y de toda clase de movimientos no oficiales de protesta o de resistencia. Estos fenómenos son manifestaciones de un esfuerzo cuasi-religioso por encontrar un sentido a la vida.

El mismo razonamiento se puede aplicar a ciertos sectores de la nueva generación en los que se ha desarrollado una especie de subcultura. Se trata de una reacción por parte de los jóvenes que no encuentran su sitio en la sociedad contra el modo de vida convencional con que se han encontrado.

Ni la urbanización ni la sociedad colonial han producido sólo situaciones negativas. Ellas han creado también nuevas posibilidades para el caso de la ciudad, para el desarrollo de la libertad personal y para el progreso de ciertas formas de civilización. En el caso de las sociedades coloniales se han producido también ciertos progresos políticos, económicos y sociales.

Peró siempre parece claro que los valores que han prevalecido en la organización, tanto de los medios urbanos como de los países coloniales, han sido esencialmente valores materiales que han tenido la preferencia sobre los valores culturales y espirituales.

* * *

Actualmente son muy violentas las tensiones raciales: el Congo, Africa del Sur, Estados Unidos, colonias portuguesas, Gran Bretaña. Sin embargo, es sorprendente el comprobar que los sociólogos apenas han previsto esta situación. ¿Qué podría haberles inhibido en la elaboración de conclusiones que deberían derivarse de sus análisis?

En efecto, los estudios publicados por los grandes nombres de la antropología y de la sociología en estos dominios, en Africa o en los Estados Unidos, apenas parecen haber llegado a tales conclusiones. Se han estudiado mucho más los problemas en función de métodos desarrollados tradicionalmente por las ciencias sociales, analizando la estructura social, la población, la vivienda, las situaciones de pobreza, la sanidad, el empleo, la educación; pero sin profundizar en los valores, quedándose en métodos muy rígidos.

Estudios relacionados en Africa daban generalmente a entender una acomodación bastante satisfactoria de los africanos a los nuevos modos de vida.

Cuando se quiso, en la Conferencia Internacional de Honolulu en 1954, elaborar la línea de estudio sobre los problemas raciales, fueron muy grandes las dificultades. Se creó una sociedad internacional destinada a promover la investigación precisa y objetiva. Pero eso encubría en realidad, un deseo de no comprometerse socialmente. La Conferencia fracasó ante el problema de saber si la cuestión de las relaciones raciales era principalmente una cuestión de análisis científico o, sobre todo, una cuestión de valoración moral.

El análisis sociológico se muestra muy débil cuando debe enfrentarse a situaciones creadas o influenciadas preferentemente por los valores. Es imposible desarrollar una sociología de los problemas raciales sin abordar el problema de los valores, y a esto se debe probablemente que los sociólogos hayan hecho tan escasas aportaciones en este terreno. Esto es una constatación importante, ya que la mayor parte de los problemas del mundo aparecen como conflictos de valores y de procesos de valo-

ración. Pero la orientación de los estudios sociológicos se encuentra actualmente en plena transformación y es posible que se puedan realizar grandes progresos en los próximos años. Una cosa es estudiar los valores de manera objetiva, como un hecho social, y otra el aceptar una verdadera responsabilidad en la tarea de aclarar la forma cómo los valores afectan el curso del cambio social y la manera cómo esos mismos valores pueden ser transformados.

Para el problema racial, por ejemplo, se puede uno contentar con ofrecer un simple informe de la manera cómo se desarrollan las relaciones entre las razas, utilizando el concepto de raza de tal manera que pueda justificar, por ejemplo, la opresión de los Bantús por los Boers en Africa del Sur. Pero es posible también examinar la validez del concepto mismo e intentar valorar las metas de las políticas en vigor. Esto significa en cierto modo tomar partido en el problema. El primer estudio deja al sociólogo en una postura neutral y desvinculada, libre de todo compromiso social o moral. La segunda puede llevarle a presentar al mundo, tanto como a los responsables, una orientación para la acción.

Aquí es donde sociología y filosofía se encuentran y deben completarse mutuamente.